

# Epístola moral

Creemos que es indestructible, y no hay nada más frágil. Cuando estamos en poder del amor creemos merecer la felicidad, y es entonces cuando, en verdad, hay que aprender a merecerla, para que el amor dure siquiera algo más que un suspiro. Y es increíble el esfuerzo que nos es necesario para merecer el amor. En cuanto a conservarlo (pero no para siempre: no es posible), quizá no sirva ni el esfuerzo: ahí ya sólo intervienen lo que antes se llamaban los dioses, pues los amantes somos torpes, finitos, desvalidos y humanos y no logramos nunca situarnos duraderamente al nivel del amor: él es sobrehumano y rotundo, puro prodigio, pura desmesura armoniosa: y el amante, cualquier amante, el mejor, el que no ignora que de pronto se halla habitado por el milagro, incluso ése, es inarmónico y pequeño ante la inconcebible estereofonía que suena cósmicamente en el amor. A su lado, los amantes somos cosa imperfecta y tan menuda, que apenas si nos queda ante el amor una sola grandeza: la de saber, con dignidad, perderlo; la grandeza de estar dispuestos a renunciar a él, para que por lo menos no caiga podredumbre en la memoria, antes que su fragilidad —y la nuestra— nos desaloje nuestra estima, esa estima casi de dioses que alcanza a conocer el que ama, esa autoestima que transporta luz.

Sí: cuando alcanza esa estima, suave y descomunal, el que ama ya no puede consentir que el amor deje de ser inconcebible, el universo de la perfección (nada hay tan imperfecto, tan horroroso, como un amor amedrentado e imperfecto): prefiere tomar por otra calle, alejarse, sufrir para siquiera merecer una herida y llevarse la cicatriz todo el tiempo que le dure la vida, y guardarla entre sus asuntos mejores, como guarda un torero sus cicatrices. El amor es como el toreo: para merecer hacer el paseíllo entre el sol de otra tarde, el torero sabe que ahora, esta tarde, tiene que comportarse solarmente, tiene que actuar con arte y con sabiduría, pero ante todo con coraje. Si hoy el amante no tiene coraje (por ejemplo, el coraje de renunciar al amor antes de que el amor renuncie a él), sabe muy bien que no merecerá un nuevo contrato, que muy difícilmente merecerá jamás lidiar de nuevo, amar de nuevo. Es así. La ciudad, cualquier ciudad, cualquier lugar del mundo, está llena de seres que alguna vez tuvieron la oportunidad de ser cabeza de cartel, pero por falta de coraje y de sabiduría, atolondrados, renunciaron a mantenerse en el lugar más alto de su estima y de su valentía, y ahora rebotan contra las esquinas de nada, como penas de goma, engrosando el ejército de los infelices, ¡y sin ser siquiera infelices! El mundo está lleno de ellos. Tú mira la ciudad, mírala bien: verás, brillando, unos escasos seres luminosos: son los enamorados; que habita en ellos el amor se adivina en que su imagen es instantáneamente eterna. Verás también algunos seres sombríos, que llevan otra clase de sol sobre su cara:

el sol de la renuncia, ese sol que nos deja en la cara el respeto por el amor, la obediencia a sus leyes terribles, la más terrible de las cuales es la de saber elegir entre renunciar al amor o condescender a pudrirlo: son infelices, pero les anima (¡y se les nota!) algo de heroicidad (¿no viste que los héroes nos parecen algo infelices?). Finalmente, verás, asomada hacia la ciudad (en Madrid, por ejemplo, pero ocurre lo mismo en cualquier lugar de la Tierra), una multitud de infelices que ya ni saben que lo son. Millones de hombres y mujeres que aceptan (e incluso se aconsejan entre sí) ser funcionarios de la vida. Suelen amar el triunfo, pero a distancia, porque el triunfo quema —y porque, además, al amar mal renunciaron al triunfo verdadero para siempre. Suelen, en fin, amar las cosas: automóviles, cargos de «responsabilidad», abundancia de papeles sancionados por los notarios. Son los subordinados. Quiero decir: se han subordinado a sí mismos: posiblemente alguna vez le vieron los pitores al toro. ¡Pudieron, por lo menos, hacer lo que hacía un torero famoso: cuando un toro le daba miedo huía despavorido! ¡Siquiera ese terror era valiente! Y era también una manera de fidelidad: mostrando a los tendidos su terror demostraban la amenaza opulenta del toro y lo sagrado de la Fiesta. Pero estos malos lidiadores, estos que llamo los subordinados, hicieron trampa: se quitaron de enmedio al toro mediante un bajonazo, lo que se llama degollarlo. Y ahora lo pagan: no saben ni siquiera que fueron víctimas del miedo, creen que alguna vez torearon como es obligatorio y se extrañan de no permanecer en el cartel. Dicho de otra manera: ante el amor hay que tener el coraje de intentar permanecer cuanto tiempo se pueda a la altura de su grandeza, o el horror de saber que es un prodigio que alguna vez, inexorablemente, nos exige el coraje de renunciar a él. ¿Pero pegarle un bajonazo, degollar al amor? Eso sí es el fracaso. Y hay una sola cosa que el amante no debe consentirse: fracasar. A veces, para no fracasar, son necesarios la soledad, la renuncia, la perplejidad, el dolor. Cualquier cosa, por terrible que sea, que no se parezca al olvido.

¿A qué le llamo olvido, Nocturna? El olvido no es esa miserable paz que le ocurre al amante cuando la herida se ha cerrado. ¡Ay, si el olvido no fuera sino eso, entonces sería tolerable e incluso, en cierto modo, digno! Mas todos los amantes sabemos que el olvido es indigno. ¿Qué es el olvido entonces? Verás: es esa cosa, como de engrudo, algo patética y un poquito sucia, que habita en el amor de los malos amantes. Llamo malos amantes, Nocturna, a aquellos que no saben que el amor es prodigio o que, sabiéndolo, se distraen, se descuidan, se olvidan de que son prodigiosos. Es entonces cuando llega el olvido. Al principio no se lo reconoce. Es porque los amantes se encuentran distraídos, ni siquiera ven el peligro; o es, a menudo, porque el olvido viene disfrazado. Se disfraza, por ejemplo, de conformidad (no tolerancia: conformidad). Con un disfraz o con otro disfraz, llega el olvido y se queda a vivir con los malos amantes (pues esta es otra ley, Nocturna: los amantes están expuestos al olvido, pero éste sólo les asalta cuando ellos, distraídos, condescendieron a amar mal). Llega el olvido y se queda a vivir con los amantes, primero unos instantes cada semana o cada día. Durante esos instantes los amantes discuten, se hacen reproches, se acusan de trivialidades: creen que están dirimiendo diversas y pequeñas cuestiones que los enojan: en realidad, ya han empezado a ser víctimas de lo que los separa: el olvido. Más adelante el olvido ya no llega de vez en cuando, sino muy a menudo: y los amantes se azotan con sus

palabras agresivas, o se azotan uno a otro con lágrimas, con amenazas, creyendo aún, qué ingenuos, que les sucede algo terrible, pero reparable, e incluso creyendo que están solos: ¡los seres humanos somos tan candorosos que creemos estar solos cuando lloramos! No: lo que ya les sucede es, sí, terrible, pero no reparable: el olvido se ha quedado a habitar con ellos definitivamente, con los malos amantes, con los amantes distraídos. Entonces ellos se distraen furiosamente, empiezan a pensar de qué manera hacer sufrir al otro, cómo vengarse, cómo recuperar el prodigio perdido. Pero ya no es posible: el olvido vive con ellos. Y nunca los abandonará. En esa situación, aún hay algunos de ellos que recuerdan remotamente que una vez fueron dioses, y se van: pierden (mejor dicho: asumen que ya habían perdido) el amor, pero se alejan del olvido, se lo despegan de la piel, se liberan: y alguna vez acertarán quizás a merecer amar de nuevo. Pero la mayoría prescinde, incluso, de esa final sabiduría: continúan discutiendo, reprochando, amenazando, lavándose las manos en el olvido: y un día se han quedado sin manos. Y ya son para siempre tres: el olvido, una mujer y un hombre. Mira de nuevo la ciudad, Nocturna: la inmensa mayoría de las parejas llevan su olvido puesto. Se les nota en que si uno de los dos muere, el otro de ningún modo se sentiría morir. Desde luego, se les nota también en gestos muchos menos grandiosos: en que riñen demasiado, en que ponen un poco de ceniza cansada en sus reproches, en que no saben confiar, en que piensan en otra cosa: ¡Ah, fueron tan distraídos al principio, que ya la distracción es su destino, casi su traje! Mira bien la ciudad: verás cuántas parejas son mutuamente infieles con el mismo tercero: el olvido. Qué discreta, sigilosa, pavorosa desolación. Hace ya muchos años, un poeta, reflexionando sobre esa desgracia (¿o quizá a esa cohabitación con el olvido hubiera que llamarle de forma más impetuosa: por ejemplo, traición?), abrumado ante el horror de esa ceniza, colérico ante tan horrendo consentimiento, dignificado por la indignación y el terror ante la estafa de la presencia de ese olvido, nos dejó un grito prodigioso: «¡Mejor la destrucción, el fuego!» Ya lo sabes: ¡es tan difícil —y tan fácil— entender un verso profundo! No sé cómo entenderán ese verso los otros. Yo entiendo que me dice, primero, que el amor es sagrado; segundo, que cuando nos toca la cabeza (o el corazón, o el sexo: en el amor todo está junto), nosotros somos lo sagrado, nosotros somos el prodigio; tercero, que aunque nuestra trivialidad nos invite a recostarnos en la distracción, el amante tiene la obligación de no distraerse nunca o, por lo menos, de hacer cuanto puedan sus fuerzas por mantenerse en atención (un poco como se dice de los santos, una especie de santidad afanosa), y cuarto, que si, por distracción, el olvido se instala a vivir con los amantes, aún les queda, para combatir ese olvido y para derrotarlo, «la destrucción, el fuego». Yo tengo que decirlo, Nocturna, de manera más apacible: aún queda una elección que es a la vez una victoria; muy triste, pero es una victoria: el amante se negará a esa estafa de cohabitar también con el olvido, se despegará del olvido (y a la vez, de su amante), se desgarrará, pues, y se irá con su herida, solo: por puro respeto al amor.

Por algo más: para poder amar de nuevo, con cicatrices, pero sin tibieza. Alguien gritó desesperado: «¡Soy un esclavo de la tibieza de mis pasiones!» Si la felicidad, el prodigio, el milagro, hay que pagarlos con la esclavitud, ¡sea el amante esclavo de la pasión, de la nostalgia o de la soledad! ¿Pero de la tibieza, esa harina gris, ese borroso

emisario de la derrota? ¿Para eso habríamos nacido, para eso? Jamás. Alguien dirá: qué fanático. Pero tú me conoces, Nocturna; no mucho —yo tampoco—, pero tú me conoces: ¿soy fanático yo? Por supuesto que no: es que ya tengo la memoria habitada y he aprendido a leer en el idioma de la cicatrices; y hasta en la historia del amor. Mira tu propio corazón, y responde: ¿tengo razón? Yo no he inventado nada de esto. Ni siquiera he inventado estas palabras con que te cuento lo que he visto, lo que recuerdo, lo que sufrí, perdí y recobré después con esa forma del respeto a que llamamos la memoria. No soy siquiera mi propio traductor. Sólo soy un cronista. Esto vi en mi viaje y esto relato para tí, todavía con amor. Vi, por supuesto, mucho más. Mañana continuaré contándote. Hoy estoy ya cansado. No, no estoy cansado, sino triste. Hasta mañana.



A veces (pero qué pocas veces, aunque ignoro si esto es bueno para el amor), a veces el amor se transforma —mientras deja de ser— en algo indestructible y aproximadamente definitivo. Cuando no ocurre así, entonces el amor está condenado a morir. En rigor, los desventurados miembros de esta especie que camina de pie y vive arrodillada por la capacidad de pensar en la muerte, debemos aceptar que el amor, siempre, de una forma o de otra, siempre, está condenado a morir. Que alguna vez logre transformarse en algo destinado a ser indestructible (temporalmente indestructible, provisoriamente indestructible: la vida dura poco) no puede asegurarnos la felicidad —tan sólo puede proporcionar serenidad—, del mismo modo que nunca puede consolarnos saber que la materia en que consiste nuestro cuerpo seguirá viva en forma de materia transformada: en trigo, por ejemplo, en flores, en rama de araucaria o de abeto. Llega un instante en que el amante sabe que el amor es siempre mortal. Pero sucede que es deber del amante esforzarse por conseguir que, mientras dure, el amor sea un asunto eterno. Por supuesto, es inútil. Lo más cercano a esa eternidad es tan sólo la duración, y el amor pocas veces dura, y cuando dura, cuando dura, por ejemplo, entre veinte y cincuenta años, hay que llamarlo ya de otra manera. No sé qué nombre le conviene entonces. El encuentro, quizás, el largo y laborioso encuentro.

¿Dónde habita ese encuentro? Verás: la inmensa mayoría de las duraderas parejas suelen ser la metáfora cotidiana de una persistente derrota. Bajo su tolerancia mutua (y esa palabra, tolerancia, resulta aquí indebida, por demasiado hermosa) habitan el fastidio, el rencor, y hasta el odio. Hay parejas de ancianos que tan sólo conservan joven la violencia con que se ignoran o se acusan, un silencio cada vez más sonoro, metálico y sombrío, o ciertos comentarios súbitos que quizá suenan en voz baja, pero que hieden a venganza. Son parejas desprovistas de inteligencia y pacientemente cobardes, que no lograron asumir su condición de meros pasajeros, la rara condición de mortales, y achacan la derrota esencial a la proximidad persistente del compañero o de la compañera. Se diría que están convencidos de que si hubieran seleccionado a otra pareja habrían alcanzado un bienestar y una inmortalidad de dioses. Claro es que están equivocados: sencillamente, no tuvieron coraje ni humildad —ni inteligencia— para asumirse presos en las rejas del tiempo, «emparedados en la eternidad», caminantes en un tránsi-